

de borrachera, de broma. Su abuelo le había hecho una relación casi decente. Un casamiento de amor, incompatibilidades de carácter, una separación amistosa; la muerte de su madre y de su hermana en Francia. La muerte de su padre siempre se le contó como el brusco desenlace de una larga neurosis...

Pero Ega sabía la verdad por sus tíos... Era una noche de orgía... Ega, muy bebido, al volver á casa acompañado de Carlos, se lanzó por el campo de la paradoja y condenó la honradez de las mujeres como origen de la decadencia de las razas. ¿No dicen "hermoso como un bastardo?" El tuviera á honra que su madre, en vez de hacer calceta junto á la chimenea, fuera como la madre de Carlos que por una pasión por un desterrado perdió fortuna, reputación, vida. Carlos, al oír aquello, quedó como petrificado. Pero no había que pensar en sacarle una palabra más á Ega, que al poco rato vomitaba de un modo innoble. Carlos le dejó en su casa, en su cama, abrazado á la almohada, babeando, balbuciendo "que quería ser bastardo, que quería que su madre fuera una pindonga..."

Carlos no pudo dormir por la noche pensando en aquella madre tan distinta de lo que se la pintaran, huyendo con un desterrado, con un polaco tal vez. Al otro día, muy temprano, entraba en el cuarto de Ega para pedirle, en nombre de su gran amistad, la verdad entera...

¡Pobre Ega! Estaba enfermo: se puso más pálido que el pañuelo con que apretaba los paños de agua sedativa; y no sabía qué decir el cuitado. Pero Carlos le tranquilizó. No estaba ofendido. Le habían ocultado la verdad y deseaba saberla.

Ega, entonces, cobró animo y contó lo que sabía, lo que su tío dijera, la pasión de María por un prin-

cipe, su fuga, su desaparición, el silencio que se hizo acerca de su suerte...

Precisamente se acercaban las vacaciones. Apenas en Santa Olavia, repitió á su abuelo lo que Ega le contara. ¡Pobre abuelo! Durante un momento no pudo hablar siquiera y después, con voz extinta, le contó con todos sus detalles la fea historia hasta aquella tarde en que Pedro apareció en su casa, lívido, trastornado y se echó en sus brazos, llorando su dolor con la franqueza de un niño. Y el epílogo de aquel amor culpable terminó con la muerte de su madre y de su hermanita, en país extranjero... Y ahora aquella vergüenza doméstica estaba enterrada en dos cementerios distantes y en el panteón de Santa Olavia.

Carlos recordaba perfectamente que aquella misma tarde, después del relato de su abuelo, probó una yegua inglesa y se olvidó de su madre. La verdad es que aquella remota tragedia no le conmovía. Era algo así como el episodio histórico de una crónica de familia, un antepasado muerto en Alcacer-Kebir ó una de sus abuelas durmiendo en un lecho real. No le arrancó ni una lágrima, no le hizo subir el rubor á la frente. Prefiriera, á no dudarlo, poder enorgullecerse de su madre. Pero su honra no dependía de los impulsos torpes ó falsos del corazón de aquélla. Pecó, murió, acabóse. Quedaba su padre muriendo en un charco de sangre. Pero no le había conocido. Sólo tenía un retrato de él. Era un manco moreno, de ojos negros, con guantes de gamuza y un junquillo en la mano. De su madre ni un retrato. Su abuelo le dijo que era rubia. No sabía más. No conoció á ninguno de los dos. Padre y madre eran para él como símbolos de un culto conven-

cional. El no conocía más que á su abuelo que resumía la suma de todos los cariños.

Bautista trajo el te, el cigarro de Alencar se acababa y él permanecía en la poltrona, medio amodorrado á consecuencia de la comida copiosa... Y entonces, poco á poco, ante sus párpados cerrados surgió una visión, tomó forma, llenó el aposento. Moría la tarde en una paz elísea. Apareció el peristilo del Hotel Central. Se acercaba un negro canoso, con una perrita en brazos. Pasaba una mujer, alta, de tez ebúrnea, bella como una diosa, ceñida por un abrigo de terciopelo blanco de Génova. Craft á su lado, decía *trés chic*. Y él sonreía al encanto que le producían estas visiones, que tomaban el color, la línea, el relieve de las cosas vivas.

Eran las tres cuando se acostó. Y apenas adormecido, entre la obscuridad de los cortinajes de seda de nuevo, un hermoso día de invierno moría sin una nube, bañado en tintas rosadas: el vulgar peristilo de la fonda dibujábase de nuevo; aparecía el criado negro con la perrita y pasaba una mujer con un abrigo de terciopelo blanco de Génova, más alta que un sér humano, bella y altiva como una Juno que remonta el Olimpo; brillaban las puntas de los zapatitos charolados y las faldas ondeaban detrás de ella como banderas al viento. Y pasaba, pasaba... Craft decía: *trés chic*. Después todo se confundía y sólo veía Alencar, un Alencar colosal llenando el firmamento ocultando el brillo de las estrellas con su levita mal cortada, con las greñas alborotadas por el vendaval de las pasiones, levantando los brazos y clamando al espacio:

¡Abril chegou, sê minha!

VII

En Ramillete, con las tres ventanas abiertas, que bebían la cálida luz de un bello día de Marzo, Alfonso de Maia y Craft jugaban al ajedrez junto á la chimenea, sin lumbre ahora, adornada de plantas y flores como un altar doméstico. En una faja oblicua de sol, el reverendo Bonifacio dormía la siesta.

Craft se convirtió en pocas semanas en íntimo de Ramillete. Carlos y él tenían aficiones y gustos parecidos. El *bric-à-brac*, el *bibelot*, la esgrima, hicieron que trabaran relaciones seguidas y que resultaban agradables para ambos. Alfonso, por su parte, sintió luego alta estima por aquel gentleman de buena raza inglesa, instruido y robusto, de grave aspecto, de costumbres rígidas, que sentía y pensaba con rectitud. Eran ambos entusiastas de Tácito, de Macanlay, de Buzke hasta de los poetas *lakistas*. Craft era fuerte en el ajedrez y los viajes largos y peligrosos dieron á su carácter una solidez de bronce. Para Alfonso de Maia, "aquel era un hombre hecho y derecho." Craft, gran madrugador, salía temprano de Olivares á caballo, y muchas veces se presentaba de sopetón en Ramillete, pidiendo de almorzar. Por las noches no faltaba nunca, diciendo que por fin había encontrado en Lisboa un rincón-